

Una polémica bizantina

LAS CORRIENTES Y LOS CLUBS DE OPINION

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

QUIENES hayan tenido la paciencia de seguir durante el pasado verano, en los medios de comunicación los debates internos de los principales partidos políticos, habrán tenido la extraña sensación de sentirse por un momento despistados de información, al no saber si estaban leyendo una noticia sobre la Plataforma Moderada o sobre la tendencia eurocomunista. Hasta tal punto eran intercambiables los argumentos en contra y en pro que el lector creía ver a Santiago Carrillo con el pelo a cepillo y las cejas a lo Breznev de Agustín Rodríguez Sahagún y a éste último con el rostro impenetrable del primero. Sólo las faldas de Pilar Bravo y el tic nervioso de Oscar Alzaga impedían confundirlos, a la hora de defender la necesidad de las corrientes y la urgencia de democratizar el partido en el que militan. Las crónicas de los periódicos sobre el X Congreso del Partido Comunista de España y sobre el lanzamiento de la Plataforma Moderada de Unión de Centro Democrático parecían cromos «repes».

Un poco antes, en las mismas vísperas de la canícula, ocurría tres cuartos de lo mismo leyendo las reacciones de los principales partidos en torno a la creación de los clubs de opinión. La respuesta —por calificar de un modo cortés lo que realmente era un exabrupto—, de Luis Solana y Antonio Jiménez Blanco —por poner un ejemplo— parecía nacida de la misma pluma. Todo un proceso de intenciones caía sobre las motivaciones de los que habían decidido impulsar en España lo que es moneda corriente en Europa Occidental. Sólo la diferencia de estilo, parareligioso en el centrista y laico en el socialista, más la esbeltez del diputado de izquierda y la orondez del diputado de la derecha, los deslindaban en el instante de tomar nota del anatema común. Todo ello a la vez que conocidos centristas y socialistas figuraban como promotores o

participes de alguno de estos recién creados clubs políticos y defendían su posición con casi idénticas argumentaciones y razonamientos.

Dos polémicas de antes y en el verano que hacen que después del verano la clase política española se clasifique verticalmente en un sentido político y horizontalmente en un sentido sociológico. No ha desaparecido la bifurcación derecha e izquierda, aunque la verdad sea dicha no se nota demasiado, sino que después del estío la división arriba y abajo parece haber cobrado carta de honor. Quizás la misma difuminación de la clasificación sociológica agudice, y coloque en primer plano, la clasificación vertical política. De hecho la lucha entre bloques sociales aparece arrumbada en la cuneta y ha llegado la hora de la lucha entre los que están en el poder y los que aspiran a él. A alguno de los que están subidos en el machito, sin pudor y rubor de ningún género, se le escapó del alma la acusación: «Por lo general los que critican a los líderes aspiran ellos mismos a ser líderes.» Y a pesar de que el acusador lleva más de veinte años sentado en el sillón oficial, muchos más en la silla oficiosa, tendría toda la razón del mundo si a continuación añadiera que los que depuran sin piedad a los críticos aspiran a morir siendo líderes.

Una merienda de negros

No hay más que constatar el escenario político para observar cómo está dominado por el combate de los moderados y los socialdemócratas en Unión de Centro Democrático, el aparato y los «euros» en el Partido Comunista, los oficialistas y los críticos en el Partido Socialista Obrero y los hombres de Fraga y los de Areiza en Coalición Democrática; y si nos adelantamos en el bosque de la extrema

derecha y la extrema izquierda la proliferación de lenines, trotskis, mussolinis y hitleritos es innumerable. Mientras que en Europa la actualidad política reside en la pugna entre la izquierda unida y la derecha dividida francesa, la dama de hierro y el laberinto británico, la defensa o la renuncia de la revolución de los claveles lusitanos, etc., aquí y ahora predomina conservar o conquistar el poder interno de la organización en la que se milita.

Ni siquiera esta lucha aparece arropada lo suficientemente con una argumentación política. Lo más sorprendente del Congreso de los comunistas es la inexistencia de una polémica política o de alternativas contrapuestas, e igual ocurre con los moderados o los socialdemócratas centristas y las familias del socialismo. Todos aspiran, salvo matices accesorios y no fundamentales, a realizar la misma política de los criticados o de quienes son críticos. Ahora mismo con excepción de la derecha fraguista y de una fracción de los moderados centristas, que encabezan el proyecto político de la gran derecha, no hay dirección, corriente o fracción que anuncie un cambio de línea política: sólo anuncia o reclama un cambio del personal dirigente.

Así el panorama de la clase política española, por lo general, asemeja a una merienda de negros hambrientos durante cuarenta años. Después de cuatro décadas de prolongado ayuno, el apetito político, en su sentido más peyorativo, se ha volcado con ansia sobre la cosa pública. Pocos son los que no actúan en función de su carrera política y apenas hay más opciones que las de tipo personal. Quien ha leído un libro, tiene dos dedos de frente, una aceptable figura y sabe glosar al líder de turno, se considera dirigente político y aspira a concejal, diputado, ministro o secretario general. Rápidamente el arte del politiquero, el truco del oficio, es aprendido y el mundo político es de los audaces; son como ciclistas que trepan por una



El panorama de la clase política española, por lo general, parece una merienda de negros hambrientos durante cuarenta años: pocos son los que no actúan en función de su propia carrera política. En la foto: reunión del Comité Ejecutivo de UCD.

montaña inclinados hacia los de arriba y aplastando a los de abajo para intentar llegar a la cumbre y atropellar al de arriba.

Las mismas características que han presidido la transición política han alimentado este apetito desaforado en dos direcciones complementarias. Por un lado, las expectativas de poder abiertas súbitamente para los centristas, socialistas y comunistas relajaban la moral política ampliamente. Los ciento siete años que Adolfo Suárez anunciaba para el centrismo en el poder, la alternativa de poder después de un impresionante éxito electoral de los socialistas que no se lo creían ni ellos mismos, el flirteo de Suárez con Carrillo, generaron una consolidación de aquellos sectores que planteaban una política de poder en el sentido más estricto del término: los centristas distribuían el botín gubernamental, los socialistas soñaban con repartírselo antes de la primavera de 1979 y los comunistas calculaban lo que iban a recibir del gobierno de concentración.

Por otro lado, el trasvase de los cuadros políticos del anterior régimen al nuevo, englobados hoy bajo Martín Villa, y el irresistible ascenso de desconocidos jóvenes profesionales y universitarios hacia los escaños y la dirección socialista, relativizaban al máximo las consideraciones ideológicas. De una sobrecarga ideológica en la clandestinidad o en la oposición, denunciada justamente por Felipe González, se empezaba a pasar a una desideologización de la actividad política, no denunciada por nadie hasta el

momento. La rápida carrera de los hombres de Rodolfo Martín Villa, con un amplio «curriculum vitae» en el anterior sistema, y de los jóvenes profesores socialistas hasta entonces desconocidos en la política, acentuaba la tendencia a hacer carrera; para los no instalados en estos dos caballos ganadores el problema residía en que se habían equivocado a la hora de apostar. Mas de un concejal comunista confesaba confidencialmente su aspiración «a ser un Alfonso Guerra en el PCE» o por qué no «un Felipe González en el PCE»; no pocos socialistas oficializaban sus pensamientos externos por no «echar a perder o tirar por la ventana años invertidos en el oficio político»; y jóvenes cachorros centristas expresaban en privado su admiración por el «buen hacer y sabiduría en el oficio de Martín Villa».

Embriones de partido

Es decir, los partidos políticos, nada más nacer o reaparecer en la legalidad, se configuraban velozmente como maquinarias de poder para llegar al poder. Aún no habían tenido tiempo de constituirse como tales organizaciones políticas, cuando la coyuntura parecía ofrecer posibilidades amplias para la ambición de los nuevos políticos. En un santiamén los colectivos políticos recorrían el largo camino teórico que conduce a la representación social a la probabilidad del poder político gubernamental o paragubernamental; no habían acabado de ser partidos, orgánicamente

hablando, cuando se les presentaba aparentemente la función de ser un partido en el poder. Todas las tareas que corresponden a la articulación de un partido en la legalidad, caso de los comunistas y en mucho menor grado de los socialistas, o a la creación de una nueva sigla, caso de la derecha, fueron dadas de lado en base al disfrute del poder (UCD), a la probabilidad de su uso (PSOE) o a la posibilidad de un miniuso (PCE). Y como la función crea el órgano cada uno de estos grupos empezó a ser más una organización en sí que una organización para sí; o, en otros términos, el partido en lugar de ser un medio para la representación de unos intereses sociales pasaba a ser un fin en función del poder.

Por si fuera poco su nacimiento o reaparición venía impregnado con el estigma de un fuerte personalismo. UCD, PSOE y PCE se organizaban en torno a Adolfo Suárez, Felipe González y Santiago Carrillo y la crítica al líder era considerada como un tiro al partido. Incluso más allá de estas expresiones políticas se repetía esta nefasta tendencia, aunque explicable en virtud de las coordinadas políticas españolas, en la personalidad de Manuel Fraga. Consecuencia de ello es la selección de cuadros en base de su probada lealtad al mando y a la jerarquía establecida por el líder de turno. No hay más que releer los discursos de todos los líderes comunistas antes del noveno congreso comunista, de los dirigentes socialistas después del vigésimo octavo congreso de los socialistas, o de los barones centristas a lo

LAS CORRIENTES

largo de este quinquenio para encontrarse un extenso culto a la personalidad. Quienes más arremeten hoy contra este trío de políticos son los que más los alabaron en el período anterior y quienes más claman ahora por la existencia de cauces democráticos en los partidos más ayudaron a configurarlos no democráticamente.

La consecuencia de todo ello no ha podido ser más perjudicial para los centristas, socialistas y comunistas. Los primeros pagaron un duro precio, su no clarificación ideológica y su ausencia de señas de identidad política al no ser que se tenga el disfrute del poder por tal; los segundos ídem eadem, ídem, al perder la oportunidad de articular un esqueleto organizativo insertado en el tejido social; y los terceros son los que más han perdido, dejaron de ser «el Partido» de la clandestinidad para pasar a ser un partido más, camino quizás, de ser un partido menos. En suma, ninguno de ellos pudo dejar de ser un embrión recién nacido o difícilmente mantenido durante los cuarenta años anteriores; y fuera del arco parlamentario los mil y un grupúsculos se transformaban en fetos políticos, en un abrir y cerrar de ojos.

Un proceso histórico

Para rematar las angustias de los partidos ninguno de ellos puede constatar el triunfo de su línea política. Los centristas tras disfrutar de las ventajas de la reforma política pasan ahora por la amargura de sufrir sus desventajas, los socialistas tras soñar con la alternativa de poder contra Adolfo Suárez se tragan en estos momentos el sapo político de la colaboración incondicional con Calvo Sotelo y los comunistas han ido de derrota en derrota hasta haber entrado en un peligroso camino de autoextinción como mínima fuerza política. Y no hablemos de Fraga que ha visto como se le escapó la reforma y está a punto de presenciar cómo se le escapa la reforma de la reforma; o de la extrema derecha y extrema izquierda en pleno naufragio ideológico político.

A partir de todo este cuadro ¿cómo no van a nacer corrientes y clubs de opinión en la vida política española? Si sumamos el carrerismo que caracteriza a buena parte de la clase política, la inexistencia de partidos propiamente dichos y hechos, el bloque de sus respectivas líneas políticas y la desaparición de las expectativas de poder externo, ¿cómo no va a acentuarse la lucha por el poder interno?



Lo que más sorprende del último Congreso del PCE, celebrado este verano, es la inexistencia de una polémica política: sólo se reclama un cambio del personal dirigente. En la foto: Sánchez Montero, izquierda, y Sartorius durante los debates.

Sería prácticamente imposible; los partidos no hacen más que recoger lo que han sembrado estos últimos cinco años. Una vez despejados todos los espejismos y oasis imaginarios todas las corrientes, las que dominan como las que son dominadas, se lanzan al ejercicio de conservar o alcanzar el poder interno. De repente ese poder pasa a ser la clave de todo y es el último tablón al que agarrarse en medio del hundimiento general.

De ahí que todo el escándalo en torno a las corrientes y clubs de opinión sea una polémica bizantina. Las corrientes y clubs han existido siempre en todos los partidos políticos y en todas las sociedades y su desarrollo o desaparición, su transformación en partidos o no, depende de la dialéctica político social. Corrientes y clubs con aspiración de ser partido político hay millones en la historia; sólo algunas se han plasmado como partidos o se han articulado como fuerza hegemónica en dichos partidos. De nada

vale argumentar o decretar en contra de las corrientes, la que se expulsa por la puerta administrativa volverá por la ventana política. Si todos los colectivos políticos pasan hoy por la dura penitencia de la lucha de corrientes obedece exclusivamente a sus mismos pecados políticos anteriores. Sólo el tiempo se encargará de decirnos cuáles de estas corrientes encarna un movimiento más profundo por encima de sus aspectos personales. Y no estaría de más que algunos recuerden que nuestros cuatro grandes partidos empezaron por ser corrientes: el fraguismo, corriente liberalizadora del régimen anterior; el centrismo, corriente democrática del fraguismo; el socialismo, corriente de izquierda del liberalismo y el comunismo corriente del socialismo. Todas fueron anatimizadas por quienes tenían el poder y ahí están vivitas y coleando; o quizás, en trance de gestación de algo nuevo. ¿Quién lo sabe? ■ F. L. A.